

Este *Panegírico* (tan grande como breve) encomienda la estimación de sí mismo. En dulces palabras esconde la prudencia. Instruye alabando, y así, hace benévola la docilidad. Es elegante copia del Traxano, á quien imita con determinada porfia. Trabajo primero de la nación, desigual á menor ingenio, á quien debe la real ANTEQUERA no menos gloria que á sus mismas obras. Cayó el monstruo, atalaya de Rodas. Basta para ejemplo. No acierta la ambición que fía más del bronce que de la pluma, pues ejecuta velocidades que se escapan de las diligencias del tiempo. La de vuestra merced, elegante, grave, sentenciosa, lacónica, enseñando deleita, y escribiendo lo que es no se olvida de lo que debe ser. Vuela rasgos tan esbeltos, que no merece otro papel que el cielo de ANTEQUERA. Pica en algunos encarecimientos poéticos; mas ¿qué mucho, si ella misma es la hipérbole? Y así, pasa de voluntad; que á ésta no falta ejercicio, y nadie de grande amor se desempeña. Discreto reparo, pues no hay píldora que se atreva desnuda á acometer á la salud. Finalmente, vuestra merced ha asegurado su laurel en mano de su Patria, cuya verdad no muda el pie sin que le den la mano; á cuyas altas obras arrimado (como la vid al olmo) se levanta. Refresca sus ensangrentadas victorias; anima sus mármoles lamidos de la halagadora yedra. Húrtalos del olvido. Reedifica las ruinas del tiempo, que intentó tiros á la razón. Porque éste no hizo cosa sin deshacer otra, y aquélla perece á manos de un siglo, y aun la misma tierra se desconoce. Manlio:

*Omnia mortalia mutantur lege creata
Nec se cognoscunt terræ vertentibus annis.*

No hay ojos que no pierdan los rayos en espacios inmensos. Finalmente (dándole al tiempo el castigo que él se tomó), aumenta las victorias de su clarísima Patria; que el que, pudiendo, no sanó al enfermo, lo mató. Constrúyete palio de sus palmas. No dexa vida que espere la muerte, y (recatándose de los peligros de su confianza) nos da muchos siglos de discreción en una hora de escrito, fiel correspondiente de sus esperanzas, encomendando al viento el mal de corazón y gemidos de los cansados críticos. Mas para que tales alabanzas parezcan de ANTEQUERA sólo falta que su agradecimiento no encomiende sólo á la lengua el oficio de las manos. Así siento.

DOCTOR ALDERETE.

Á MI LIBRO

Hijo, no te debiera amor si no me debieras consejos. Antes que te pongas en camino, escucha. Tú llevas muchas joyas: no te pese de ser pequeño, pues sabes ha sido menester mucho para ser eso poco. Consuélate con que todo lo bueno es grande; no todo lo grande bueno. No por mayor vuela más el avestruz. Cuando se esperan cosas mayores, desagradan las grandes; y los muchos volúmenes y riquezas no hacen docto ni rico, sino ocupado. Si contrares con intención achacosa, dale [de] lado. Prudencia es huir cuando se reconoce daño sin provecho. Mira por la salida antes que te empeñes, y si no puedes más, acomete primero; que es medio ganar llevar la mano. No te pierda el valor la demasiada cordura. Y créeme que el más hablador es menos hombre. A los que toman defectos ajenos por materia de sus galanterías no los estimes en más que á unos gusanos que bullen do hay (1) algo podrido. Es una gente que se hace de la corrupción. Llagas que atraen los humores viciosos. Albañares que recogen las inmundicias. Ventosas que sacan la peor sangre. Perros que en cualquier charco beben, y chupan en el hueso su sangre; y no porque éste ladre dexa de ser bestia. Ni es vituperio del oro que no lo estime el asno. Anímate, pensando que has dexado menos lugar á la imitación que á la invidia: porque has oído para saber y has sabido para hablar. Mas si, con todo eso, te ofendieren, mira si acaso no cabe en ti tu abundancia. Escóndela; que el oro en la mano la lealtad saltea. Que, porque tiene, apalean al nogal; que árbol sin fruto seguro está de injurias, y ya sabes que es más fácil notar faltas ajenas que escribir sin ellas. Que á cuantos alumbra el sol hacen sombra. Mas si no has acertado, persuádate que has errado

(1) En la edición original, que *bullendo ai*.

hermosamente. Trabajo ha sido bien empleado; atrevido, si no dichoso. Mas, por cuanto por carta de más ó de menos se pierde el juego, créeme (dejando consuelos y tomando verdades), y pues eres poco, no te estimes en más; que es principio de locura tenerse por sabio. Lo que á otros confusión sea á ti maestro. No llegue tu confianza aun á tu suficiencia. Abeja que teme viento, vuela bajo. Préciate de humilde; que á las más altas plumas tiran los arcabuces y á las más altas sierras los rayos. Sujétate y aprende de los doctos. Para librarte de la presunción es mejor el día más cerca; que la tardanza hace incurable la dolencia. Acuérdate que árbol de larga sombra fué pequeña vara y que corren por cuenta de Dios los acrecentamientos de los humildes. En llegando á tu tierra, granjea amigos; acredita mi elección; no salgas della, aunque no llegues á profeta; que en la barba se honra un pelo, y cortado, se pisa. Dios vaya contigo.



PANEGIRICO

A ti, de mi pluma norte, Madre ANTEQUERA nobilísima, rindo los corridos de mis obligaciones, desempeñando deseos en que tu amor me executa, no fiando de tan desnuda hipoteca. A ti, glorioso trofeo de antigüedad, á quien no tanto acreditas con tus memorias como con ser quien eres, á ti, pues, ilustrísima Patria, consagro este no sazonado fruto de tu tierra, grato por propio, si culto por mano de tosco labrador. Merecí tu gracia; no desmerezca tus pies, pues no hay donde pueda estar más honrado ni defendido. Si no necesitas de mi alabanza, yo sí de tu amparo. Tu prudencia me retarda; tu nobleza me aliena. Si [no] me atrevo, inoro tu bondad. Llegue el atrevimiento, si no la suficiencia. Si el escarmiento me dexare solo, también lo seré en la empresa (dichosa si atrevida); que el que empieza hace más de lo medio. Bien que las más ilustres obras pedían más ilustres palabras, y la mayor ecelencia mayor elocuencia; mas recibe por las obras la voluntad; que no debe más quien hace lo que puede.

Cum desint vires tum est laudanda voluntas.

Y ya es treta de los que poco pueden entretener al acreedor con reconocimiento de la deuda.

En alabarte no sólo hago mi negocio, sino la causa pública: porque enciendo el fanal á su navegación para que te siga; des-

pierto generosos motivos á la virtud, que aun la muy grande puede crecer; doy no menos materia de historia que de invidia. Invidia, fiscal de ocupaciones honestas. Soplo el polvo al exemplo, viva espuela de la imitación, si bien al mal caballo no aprovecha. Que todas las artes tienen necesidad de maestro; y así, instruyo á la memoria de lo que eres, por diseño de lo que otros deben ser, con sencillas razones de su mismo color, no teñidas de lisonjas, y de paso nuestro que con entendimiento se adquiere doctrina, y con doctrina se adquiere entendimiento. Que el arte poco aprovecha sin ingenio.

Mas ¿qué diré, sacro Senado, en presencia de quien ninguna cosa es nueva ó admirable y cualquiera yerro casi delito? ¿De ti, por quien nunca pasó despreciado el aviso? ¿De ti, que en ambas fortunas iguales la gloria del yelmo á la toga, cuya propia virtud es la prudencia? Y así, conociendo que tras el buen pensar viene el buen suceder, y que no hay un yerro sin otro (siendo la inorancia síncope de la vida), te alzas con la cátedra del consejo, con el cual no es menos gloria vencer que con la espada. Que ésta es para un día, y aquélla para todos. Sabes que gobernador sin doctrina es ave sin alas. Que tener el nombre no es serlo. Que es género de tiranía acometer gran cosa sin gran consejo (que éste es la segunda virtud), y así, lo que antes mucho piensas parece antes hecho que pensado. A la vagarosa consulta arrimas la acelerada ejecución; á los delfines las áncoras. Daste priesa de espacio. Logras el cuidado en el efeto; que el caso, no el consejo, sigue al que no considera. Éste se halla en tu ancianidad; en tu juventud su ejecución. Una sabe, otra puede. Una es ojos, otra manos. Que los pocos años recompensan los muchos méritos. Sucedan, pues, los mancebos á sus mayores no menos en el oficio que en la gloria, en quien no ha sido menester apresurar las insignias de la vejez para entronizar la majestad. Sean también mozos los senadores; que á pocos ha sucedido bien llegar al gobierno tarde. Y en edad corta cabe experiencia larga; que no siempre con las canas nace la prudencia, y el vicio no es de la edad, sino del hombre; y cada día vemos antes que la cabeza el seso cano.

Primero te mandas á ti que á los otros. El primer gobierno es el de ti mismo; que el gobernador, en no siendo muy bueno, ya es muy malo, y aun el inútil comienza á serlo. Nada sabe quien para sí no sabe; y quien para sí no es, no es para otro. Y, como el principado, descubre quien es cada uno (que éste, cuando no hubiera vicio, lo enseñara). Siempre traes encontrada la razón con el gusto, porque sabes que debe ser mejor quien deciende de tales. A todos eres exemplo, cuyo don es probar con lo que haces que se puede hacer todo lo que mandas. Eres alma de la Ciudad, y en ella, lo que Dios en todo el universo. Así, tienes su modo de gobierno. Favoreces los buenos, porque lo son; dejas á otros para número. Huelgas con aquéllos; sufres á éstos. Faltaran rayos (dice Ovidio) si se hubiera de vibrar uno sobre cada culpa. Ostentas justicia castigando delitos, y clemencia templando penas; la una virtud es la otra. No hay clemencia si no es justa, ni justicia si no es clemente. Y así, estando el delito lexos de tu clemencia, está el delincuente cerca de tu piedad. Perdonas muchas veces á otros; á ti, ninguna. Ni en lo justo eres rogado, ni en lo injusto aplacado; que quien no castiga el delito, lo comete; y no corregir lo malo es hacer lo peor (1). No se debe imitar dechado que no es bueno. Señal que tú lo eres es perseguir á los malos, y señal que agradas á Dios es desagradarlos á ellos. No pones á otros cargas con que tú no pudieras. Temes la mayor desdicha, que es la culpa. Nunca te vales del «díome gusto». Que si tu felicidad es poder cuanto quieres, tu grandeza es querer lo que puedes; y así, haces potencia del no poder lo ilícito, y aun á todo lo lícito no te permites. Antes corriges en ti la poderosa licencia del poderoso. Muestras pueden andar juntos virtud y reinar. Eres ley que habla. No haces lo que castigas. Guardas primero las leyes que promulgas. Para aprovechar á ti, aprovechas á todos. Gobiernas tan diligentemente como propio; tan templadamente como ajeno. Muchos se libran de la pena; sólo tú de la culpa.

(1) En la edición original; *hazerlo* peor.

Lo más difícil para el tirano es ser piadoso. Quien es cruel con los menores muestra que para serlo con los otros no le falta el querer, sino el poder. Entre los animales mansos, el más dañoso es el lisonjero; entre los bravos, el tirano. Su liberalidad es pasar los dineros ajenos á otros dueños. Su astucia, fingirse aconsejado del que quiere destruir. Mas éste no está seguro, como dél no hay cosa segura. Si todos temen á uno, uno ha de temer á todos; y así, á los que le guardan, ni quisiera ver con armas ni sin ellas. Tú, ¿de qué te guardas? Tanto de la culpa como de la sospecha. Sabes que la dignidad en el indigno es en vez de infamia, y que las alabanzas que se dan á los malos, en llegando á ellos, son injurias. Que alabar al que no lo merece es aviso agudo. Pues, como el que ha de regir á todos, ha de ser escogido entre todos, supuesto que no hay con qué salar la sal que se corrompe, y que á los malos suele Dios dar gobiernos, pues los que son corregidores para nosotros suelen ser azotes para él. Tú, como estás en alto, procura andar con tiento, y no como el humo te desvaneces mientras más subes. Miras por ti primero que por los otros. Y, como donde vale la fuerza no tiene precio la justicia, no injurias á uno, por no amenazar á todos; antes, premiando al bueno, á todos obligas. Tan natural te es la justicia, que no sé si mereces alabanza por ella. No, como grande torre, te derriba tu mismo peso. No, como muralla, caes sobre lo que has oprimido. No eres pirata de tu nave. No, como el mal pastor (que tiene resabios de lobo), desuellas, y no tresquilas. No pecas en el oficio de que eres maestro. No siegas la mies de oro de los propios; que el interés es polilla de la voluntad. No transformas culpas en merecimientos. No compras la seguridad con maldad. No eres diferente de ti. No representas papel contrario. No la abundancia te hace pobre, como aquellos (exemplo escandaloso) que, pescando con anzuelo de oro y cazando con redes de seda, apuran los erarios públicos en hacer merced á sí mismos; cuya memoria disfama por las naciones sus huesos; mas robándolo todo, todo les falta. Porque allí comienza la mayor miseria donde se comienza á hacer propio lo común. Mas tú, insigne Senado, como puedes mucho, aprove-

chas mucho. Eres oficial primo, que te labras tu dicha y tu fama. Porque la honra se mide con las costumbres, y la reputación con la fatiga. La fama, aunque no quieras, te sigue. Lo que á ti toca es lo que haces: procurar que sea buena. No se dilata con imágenes y bronces, sino con méritos y sudores. Esto tiene notable la gran fortuna; que nada tiene encubierto. Bastante prueba es lo que saben todos. Has llegado á aquellas lindes casi imposibles que te mereció tu ecelencia. Habiendo alcanzado el mando, muestras ser digno dél. No haces culpa del oficio, ni crimen de la dignidad. Tienes tu conciencia por ley. Aun de los vicios ajenos te avergüenzas. Es tu vida un dechado de bondad, porque sabes que el gobernador más daña con el exemplo que con el delito. Gran edificio, si se inclina, tiene mal reparo, y más fácilmente se daña que se aprovecha. El ejército sigue las costumbres del capitán, y así, el noble que peca merece pena doblada. Que la mayor afrenta es ser vencido el que ha de vencer. Agradas á los buenos, si no á los muchos. ¿Por qué? Ya lo he dicho: porque tu felicidad no es espuela de la insolencia, sino freno. No haces pompa del eceso. No deseas lo que no tienes. Alivias más que oprimes. No haces senda por ajena heredad.

Dixe tu prudencia, justicia, templanza; llámame con trompeta tu fortaleza. Dóite (1) el parabién de no haber desmentido con el ocio al acero, ni jubilado las armas abolladas. De cuán bizarramente te muestras en las invasiones enemigas, especialmente este año de mil y seiscientos y veinte y cinco, que, presto (como la sangre) favoreces con numeroso ejército. En la presteza no parece tu favor de España. Gallarda ostentación de tu abono. No haces destrucción del socorro. Aun la misma celeridad es tardanza de tu deseo. Porque tiene corto cabello la ocasión. ¡Qué liberal que gastas en servicio de tu Rey! ¡Qué bien te acuerdas de ti mismo! ¡Qué tarde vuelves! Porque sólo temes huir; no esperar. Espada consentida en los tientos, falta en las ocasiones. Que si cualquiera

(1) En la edición original, evidentemente por errata, *Diote*.

acomete, sólo el fuerte vence. Tú, pues (que con igual frente te levantas sobre la misma fortuna), adornas con el consejo al valor, con la púrpura al acero. Traslado á la experiencia; que otro imposible es decillo como imitallo. Mas en tanto que llega á juntarse contigo el fortísimo tercio (1) de tus soldados viejos (con armas escondidas en luz), quiero espaciarme por el inmenso campo de otras virtudes tuyas:

¿A qué, pues, entras en el Consistorio, Senado serenísimo, sino á recoger cuidados ajenos? Primero que tu descanso procuras el de todos. Quien no socorre pudiendo, es enemigo. Eres verdaderamente bueno, pues aprovechando á todos, á ninguno dañas. A todos haces mejores, añadiéndoles esta gloria: que no parece que les fuerzas. ¡Oh peregrina fecundidad de virtud! Sepan todos lo que deben hacer en lo que haces. El oficio, primero lo mereciste que lo tuvieses. Si bien hoy, en las dignidades, no hay cosa menos importante que merecerlas. Luego te llamó el gobierno como á refugio. Solicitó la dignidad su dignidad. Su nombre lo dice: «Al más digno.» Ya eres regidor en el cuidado y ciudadano en la igualdad; como que te derribas de ti. No es abatimiento. De nada está tan lexos quien está tan cerca de las estrellas. Es humanidad. Porque perseverando en tu majestad, no puedes crecer. Para eso te humillas: para volver á crecer. Como en el gallardo ingenio no debes nada á la sangre, has estudiado el arte de cautivar. La cortesía, ornato de los hombres entendidos. Llévaste los ojos con esta virtud, como has dado testimonio de tus méritos. Que la afabilidad alcanza á poca costa lo que sin ella se pierde. No con ceñosos ojos, escaseando luces, desafiando y rompiendo paces, consintiendo de por amor de Dios; no desesperando al ruego con el desagrado, sino vertiendo francos resplandores, como con llave maestra abres los corazones. Hallas amigos y amistades. Son la humanidad y modestia columnas del principado; que el agrado no contradice á la majestad. Así como la mala condición destruye

(1) En la edición original, *tertio*.

más que la mala fortuna. En ti es tanto de estimar tu agrado cuanto la felicidad más raras veces se sujeta á la modestia. Y así vemos al más gallardo quedarse en hombre, y el más grande hacer mayores sombras; de todos eres compañero. Antes padre que gobernador. Una cosa te ha hecho esta virtud natural: la costumbre; por la cual no pides otro premio que á ella misma. Tu bondad es la que te hace obedecer; no la necesidad. Que no es bien el que se hace por fuerza. Y en vano espera hombre de otro lo que se niega á sí mismo. Mucho te debemos por lo que nos has dado; más por ponernos á vista el original de tu imitación; tus memorias, para pasarlas á la ejecución. Que la ciudad más ha menester exemplo que imperio, y así, todos se gobiernan con las costumbres de uno. ¿Por qué? Porque eres tan igual compañero, que sólo quieres ser mayor en ser mejor. Todas las cosas aman sus semejantes; sólo el soberbio aborrece al soberbio. Al fin, de ninguno ffo más que de aquel que debe mucho á su sangre. No veo cosa en ti que no me cueste deseos. Veo que, enriqueciendo á tantos, sólo tú te has hecho pobre. Y que, habiendo de dar, esto das primero: que no tengan que esperar. Ahorras colores á la vergüenza. Que, cuando ésta es executora, paga es; no dádiva. No es largueza la que se detiene. Ni aun tiempo quieres en precio de tu liberalidad; que el ánimo generoso gime por derramarse. Eres único remedio del pueblo, que fué engendrado en confianza tuya: de los que nacieron para ti. Y así, los padres no sólo se alegran de haber nacido, sino también de haber engendrado. Lo que la Ciudad no debe á las lluvias (1) debe á tu liberalidad. No cambia las aguas por las de tus ojos. Hasta allí llega su falta: hasta que la sepa. No destierras al pueblo de los muros. Acudes aquí y allí con el trigo y fertilidad, como la hambre lo pide. Si no escusas la esterilidad, por lo menos, escusas sus daños. Socorres al necesitado porque te acuerdas de ti mismo. Eres para el pobre lo que Dios para ti. Más favorable te muestras que el mismo cielo, pues no fertiliza á un tiempo todos los terrenos; tú sí todas las

(1) En la edición original, *liviás*.

hambres. Haces natural de tu ciudad lo que nace en cualquiera parte. Varios países te tributan varias cosechas, haciéndose ricos con tenerte abundante (1). Bien que puedes vivir sin ellos; no ellos sin ti. Antes los remedias con tenerte sobrado. No te dan sustento, sino tributo (malgrado de la invidia). Porque perecieran si no tuvieran necesidad de ti.

Es el ocio tan necesario como el ejercicio. Piérdese el acero siempre envainado. Tirado (*sic*) el arco, salta. Floxo el ánimo, falta. El ocio de la guerra es la caza, jineta y esgrima. El de la paz, los estudios y las fiestas públicas. Ya fatigando el monte, ya consultando el aire, privando á las bestias de su libertad y á las aves de sus fueros, se instruye tu nobleza en alientos de guerra. Aprende su atrevimiento deseos de victorias. Y con el ejercicio, el cuerpo bebe almas. Estudia estratagemas. Rompe cobardías y, endureciéndose en el agua y polvo, se naturaliza en las inquietudes. Muestra en la esgrima y lucha que romperá con los enemigos provocado, pues sin enojo pelea con los amigos. Con la pelota se desembaraza de la pereza. Con la jineta (parte de la caza) se instruye también para la guerra. Tus estudios son ejercicios de la paz, clarísimo adorno de tu ocio, sin que éste (como quiere Séneca) sea sepulcro de hombre vivo. El de Cipión nunca le tenía (2) menos de cuando le tenía. Ni menos estaba solo que cuando solo. Voz magnífica, que alaba Cicerón. Que en el ocio pensaba y en la soledad confería. Es verdad de Quintiliano que la naturaleza nos aconseja virtudes; mas éstas no se alcanzan sin estudios, por lo cual te das á ellos con ambición sedienta, no superflua. Felicísima, por cierto, pues socorre cada día á su profesor. Que aquel sabe que sabe lo necesario (como piensa Esquilo Trágico); no el que sabe muchas cosas. Al fin, has llegado á la inaccesible meta de los estudios: á executar bien lo que piensas bien; y así, han hallado las letras en ANTEQUERA espíritu, sangre y patria, tanto, que pasa con lo que escribe á lo que vuela, cuando con trabajos

(1) En la edición original, *abunante*.

(2) *Ibid.*, *temía*.

voluntarios suavizas los forzosos. En el ocio pacífico de las fiestas públicas no hurtas á la fama nada de lo que das al gusto. Tu plaza (instruída en agravios del sol, cuyas hermosuras son centellas esparcidas de su llama) es universal teatro de toda la riqueza y bizarria. Un bello desdén de cuanto admira el cielo; donde la planta inmóvil obedece á tanta vista. En brocado recoge polvo. Tan rica, que parece traer las Indias á jornal. Todas las hermosuras son gajes de su belleza; tan peregrina en las damas, que con lo que más deleita más cautiva; de quien mejor se puede fiar vidas que penas. Tan majestuosa en los caballeros, que induce [á] admiración y alegría. Y así, siempre están enviando parabienes los corazones á los ojos, logrando hermosuras en la variedad. Puesta tienen la celada. Aún vibran el acero. Las voluntades vencen, con las lanzas que rompen, con las cañas que tiran y por diversos caminos van al cielo. Que no caen, ó caen muy tarde. Los pavorosos toros que en tus sotos, con dos llamas, consultan la soledad, y en la no mandada grama pacieron el coraje, cuando escarban la arena de la plaza, señalan sepulturas. Y con humosó resuello, con cerviguillo vaheante, con horrores crespos, con selvosos ojos, con diamantes torcidos, amenazan á la misma seguridad. El silbo llama á la muerte, y, burlando atenciones y desmintiendo diligencias, antes que los ojos, llegan de un extremo á otro, sin pasar por medio.

¡Oh famosa nobleza! si tan lucidos son tus ocios, ¿qué serán tus ocupaciones? Más fácil será sucederte otros en ellas que quererlo hacer. Porque ¿quién recibirá de buena gana la carga de tus cuidados y el desvelo de tus aciertos? Que si es grande la dignidad, es grande la obligación; que no dan pequeñas lides gran vitoria. ¿Quién, pues, no se estremecerá de imitarte? Sirvan mis alabanzas de sombras que realcen tus méritos. Que no nos ha de costar tan caro tu modestia, que nos obligue á callar tantas verdades; y así, repararé menos en lo que permiten tus oídos y en la enmienda que he de hallar en tu templanza que en lo que se debe á tus virtudes. Ellas solicitan esta honra, si tú la desechas; y señal que la mereces es que la rehusas. Y así, no temo parecer largo sino á

quien le pesare que ellas sean tantas. Confieso fuera más decoro conservarlas intactas en el sagrario del silencio, por no desflorarlas con avaros encarecimientos, y ceñirlas menos cabalmente. Que las que así se veneran parecen tan grandes como son. Mas ¿quién podrá reprimir los impulsos del amor y los deseos del afecto? ¿Cómo malogrará esta gloriosa ocupación de mi pensamiento? Pues, empeñado en lo que debo, vivo como corrido mientras no pago. Pudiera disimular cuando esta deuda corriera por cuenta de la cortesía, no de la voluntad, no de la obligación. Mas, cuando faltaran los respetos de la ley común de Patria, que me dió padres, amigos, leyes, costumbres y acogimiento, tus altas prendas me obligaran á decir tus glorias, si bien cien voces de hierro fueran insuficientes.

Tú, Madre clarísima, sol de las ciencias, corona de las virtudes, alcázar de la nobleza, siempre leal, siempre guerrera, de cuyas finezas, tan poco celebradas como bien merecidas, se encargó el cielo de su recompensa, fabricando de la gentileza de sus perfecciones tu condición, así en la fertilidad de tu terreno, tan poderoso en los frutos, tan cierto en los tiempos, tan dilatado en los deleitosos términos, que con nombre de Campos Elíseos celebró la erudición griega, por cielo y galardón eterno de la virtud, como en darte hijos dignos de la mejor madre. Aquéllos (primero contaré las arenas grano á grano) que, hechos de parte de su inclinación, no menos han cercado al mundo con armas que con fama, no menos con huellas que con glorias; que, como otros cuentan guerras, ellos vitorias; los que ilustran cátedras, califican tribunales y autorizan gobiernos. Tú, pues, cuando por las capitulaciones de las treguas con el Rey de Granada, mandó el de Castilla te desmantelasen (que discretamente se deja lo que tener no se puede), saliste á tu defensa, en confianza de Dios y de ti sola. Tuviste siempre firme tu estandarte setenta y dos años en medio de tanta morisma, en la mayor honra y reputación que está en memoria de los siglos. No, como á Troya, alguno de tus hijos te trajo fuego con que ardieses. No, como Roma, escureciste lo ilustre con lo infame, cuyo nombre coronado padece en su memoria su afrenta.

No, como en Tebas de cien puertas, Corinto y las cien ciudades de Creta, creció con tu fortuna tu ruina. Y las que fueron madeiro, fuego y mariposa. Antes con las heroicas hazañas de tus hijos erigiste templo á la inmortalidad de tu nombre. Nadie se engañe con la dulzura del error; que tu franqueza menos fué merced que merecimiento. Tu hidalguía no fué iluminada con bermellón, sino rubricada con sangre y litigada con enemigos. Que la que éstos aprueban es la fina nobleza. Cuando las demás ciudades tus vecinas tenían tanto que hacer en defenderse, sola tú ponías leyes á los miedos y enmendabas sus agravios; que vengar éstos es lo más ilustre, después del merecimiento. Cuando no sólo te faltó el socorro, sino á España la esperanza de tu conservación, triunfaste contra sus miedos. Heciste tiros á la fe humana, y aun sospechoso el crédito en la evidencia.

Bien tienes, por cierto, de dónde te venga la magnanimidad, así de ti propio como de tus mayores. Los trofeos de tus escudos, los hábitos de tus pechos, ellos son los honrados. Porque sola tu alabanza no se mezcla con vituperio, y así, no se halla en ti cosa indigna de los ojos de las gentes, de la boca de la fama, de los oídos de los siglos. Lo que con gran trabajo ganaste, con mayor lo poseíste. Que la vitoria, ya es valor, ya ventura. Tu espada era tu confianza; que ésta suele nacer de la desesperación. Tus fiestas eran los peligros, los cuales se desprecian cuando son ciertos ó experimentados; y la costumbre los había hecho naturaleza. Jamás supo el miedo por dónde iban á ANTEQUERA. Siempre fuiste más conocida por invencible que por tu nombre. Los caminos estaban saneados con tu respeto de los malnacidos árabes, á quien más defendía en la fuga la desnudez que las armas. Estabas en peligro tan encarecido, que en tierra de cristianos no se atrevían (con dudosa elección) á contarte entre muertos ni vivos, como á navegante. Cuando querían encarecer que uno era para poco, arrimaban en Castilla este adagio á la presunción: «¡Qué hombre vos para ANTEQUERA!» No comías otra cosa que el fruto de tus palmas. Tu arado y mercancía era la lanza. Sólo Marte servía los oficios de Mercurio, Ceres y Baco. Ahora en la caza. Así volvías cada

día de la pelea como de tu hacienda. Como mercader, contabas á la noche tus ganancias. No tenías otra moneda que trocar sino moros, ni otros vestidos que los que tejían y quitabas á Granada, Alhama, Loxa, Archidona, Málaga, Lucena, Ronda, y á la otra infinidad de lugares tus fronteras. No tenías otro alimento que el que cultivaban en sus campos. Si bien fuiste maestra de su advertencia y estímulo de su valor. En sus fortalezas estaban guardados, y allí eran tus esclavos. Cuando tu dormías, velaba su recelo. Dábasles purga en taza penada. Comían cuando querías; dormían si les dabas lugar, y aun no tenían más vida que hasta que te enojabas. Tu nombre era como Santantón, que destetaba sus niños, y primero te tenían miedo que te conociesen, ó que supiesen que era miedo. Los bienes que les dexabas, el sobresalto de perderlos los hacía males. Que temor de un día sospechado basta á hacer toda la vida inquieta. Y así, arrojaban los panales, por no sufrir los agujones. Si bien al que padece naufragio la pérdida es ganancia. No consentías hombre (1) que no lo fuese, ni ramo estéril, aunque verde. Quien no trabajaba, no comía. Quien quería la nuez había de partir la nuez. Y sus obras á cada uno lo hacían infame ó noble. Nunca te halló el sueño á la sombra de la oliva. Tu derecho era la espada. Nunca diste lugar á que te olvidasen. Cada día aumentabas palmas á tus vencimientos y cautivos á tu carro. Llegó á tanto, que ya el vencer no era vitoria, sino costumbre. Nunca volviste las manos vacías ni sin manchas de sangre; que la crueldad es un riguroso precepto de la guerra, y ésta, remedio de desdichados. No se pasaba día sin línea, ni estéril de vitorias, y así, aquel te alaba más que más fielmente las refiere. La hambre te sacaba de la selva, como al lobo, y como tu caudal era ser pobre, eras tan poderosa como la necesidad. Que ésta suele convertirse en razón. ¡Dichosa la que nos lleva al honor! Pues, como el vientre no se aplaca con razones, no había otra manera de acallar la hambre que con vencimientos. El sustento era quitado, y así, más sabroso. Nunca dexabas de obra. Siempre andaba

(1) En la edición original, *obra*, por errata.

caliente la plaza. Eras dueño de las vidas ajenas, porque despreciabas la tuya. Que es muy del valor, para vencer el peligro, despreciarlo. Como el rayo, primero herías que amenazabas; y te empleabas en la resistencia. Crecía tu ánimo con la dicha, como la virtud con la alabanza. Antes les faltaban á los enemigos lágrimas que causa para llorarlas. Después de azotados les hacías besar el azote. De su inquietud nacía tu descanso; de su temor, tu atrevimiento, y de su necesidad, tu abundancia. No había entonces frente coronada contra el miedo; que aconsejarse con éste era guardar la vida.

Mostróse esta verdad cuando al Rey de Granada su atrevimiento fué su infamia y su diadema lazo. No le quitó la corona el dolor de cabeza. Digo, dos heridas en ella. Cuando la tercera vez te sitió con doce mil infantes y seis mil caballos en la Rábita (que llaman Cerro de San Cristóbal), escapóse por uña de caballo; que el que corre, corre; y el que huye, vuela. No sólo el arrojar de tus lanzas, sino el de tus ojos estremecía á tus contrarios. El pavor les olvidaba las lanzas en la mano, y así, cometían á los pies lo que debían (1) á las manos. Conforme al viento mudabas las velas, y conforme al caso el consejo. Y como la guerra se alimenta bien en tierra de enemigos, los perseguías con sus mismos trajes; vestías las pieles de las fieras para cazallas, y (como ellas) hacías lexos de tus cuevas las presas. Como el mar, crecías y menguabas con la Luna. Cuando te quietabas, temían que (como los muchachos) habías hecho algún mal. Mucho fué perseverar tantos años; más fué no temer perseverar hasta ahora. ¿Cuántas veces, pidiéndote treguas con festejo y presente, consideraste que quien hace más fiesta que suele quiere engañar, y, teniendo por mala paz abrazo de ofendido, pensando no era tu amigo de quien tú no lo eras, derribaste con desprecio á tus pies sus abrazos, y, pagando el beso con la mano, no malbarataste la menor prenda de la estimación? Y ¿cuántas también, habiéndote largado casi tan lexos como tu fama, llegaban los enemigos y, á escala vista,

(1) En la edición original, *deuan*.